



Secretariat of Pro-Life Activities

3211 FOURTH STREET NE • WASHINGTON DC 20017-1194

202-541-3070 • FAX 202-541-3054 • EMAIL PROLIFE@USCCB.ORG • WEB WWW.USCCB.ORG/PROLIFE

DECLARACIÓN PARA EL DOMINGO RESPETEMOS LA VIDA

**Cardenal Justin F. Rigali Presidente del Comité de Actividades Pro Vida de USCCB
29 de septiembre de 2009**

El Domingo Respetemos la Vida, que este año se celebra el 4 de octubre, es un día que se reserva para que los católicos de los Estados Unidos reflexionen con gratitud acerca del don inapreciable de Dios que es la vida humana. También es la oportunidad de examinar en qué medida, como nación y como individuos, estamos cumpliendo con nuestra obligación de proteger los derechos de aquellas personas que, por su edad, situación de dependencia, pobreza u otras circunstancias, corren el riesgo de perder la vida misma.

En el debate actual sobre la reforma del sistema de salud, se ha vuelto evidente que una cantidad de estadounidenses consideran que solo vale la pena salvaguardar la vida y salud de algunas personas, en tanto otras clases de personas no merecen la misma protección. Esta actitud es deplorable, y más aún en el contexto de la atención de la salud. Sancionar una discriminación en la calidad de la atención que se brinda a diferentes grupos de personas es algo fuera de lugar en la medicina, y es directamente contraria a las normas éticas bajo las que operan los hospitales y proveedores de servicios de salud católicos.

Los niños por nacer siguen siendo las personas en mayor riesgo de vida en los Estados Unidos: todos los años mueren más de un millón de niños en centros de aborto. La decisión *Roe v. Wade*, de 1973, privó a los estados de autoridad para detener esta matanza. Afortunadamente, el Congreso y la mayoría de los estados actuaron para impedir la financiación de abortos con fondos públicos (con excepciones definidas de manera restrictiva). Pero a pesar de que un 67 por ciento de los estadounidenses se oponen a que los abortos sean financiados por los contribuyentes, todas las propuestas sobre cuidados de la salud que en este momento estudia el Congreso permitirían o impondrían el financiamiento de abortos, sea por medio de primas entregadas a programas del gobierno o a partir de las rentas federales.

Merece ser repetido: el aborto —dar muerte de forma intencional y directa a una niña o un niño no nacido— no es cuidar de la salud. El aborto le roba la vida a un niño o niña inocente, y les roba a las madres su paz y felicidad. Durante 25 años, el Proyecto Raquel, el ministerio postaborto de la Iglesia Católica, ha ayudado a muchas mujeres a superar la tristeza y el remordimiento posteriores a un aborto, ayudándolas a encontrar paz en la aceptación del perdón de Dios y en el perdón a sí mismas y a las demás personas que participaron en la decisión de abortar. Financiar abortos solo puede servir para aumentar el número de personas muertas y afligidas.

Los niños por nacer no son los únicos seres humanos a quienes las propuestas actuales dan un tratamiento desfavorable. Muchos insisten que con el nuevo sistema las personas indocumentadas que viven y trabajan en los Estados Unidos no deberían poder adquirir cobertura de seguro médico, y que se debe negar cobertura a los inmigrantes legales pobres durante sus primeros cinco años en los Estados Unidos. ¿Acaso los inmigrantes pierden su calidad de seres humanos en la frontera? ¿Cómo puede una sociedad justa negar los cuidados médicos básicos a quienes viven y trabajan entre nosotros y necesitan atención? No puede y no debe hacerlo.

Si bien la mayoría de los estadounidenses está de acuerdo en que quienes no pueden pagar un seguro de salud deberían tener acceso a cuidados médicos, algunos comentaristas han llegado a sugerir que se compense el costo de una cobertura ampliada mediante la reducción del nivel de atención que hoy en día se brinda a los estadounidenses de edad avanzada. Otros expertos han sugerido que las decisiones terapéuticas deberían basarse ya no en las necesidades del paciente de edad avanzada sino en la “calidad de vida” supuestamente

reducida del paciente o en la eficacia en función de los costos del tratamiento a lo largo de la vida esperada del paciente. Estos cálculos pasan por alto la dignidad inherente de la persona que necesita cuidados, y socavan la relación terapéutica entre los profesionales de la salud y sus pacientes.

No debería sorprender que el abandono y aun la muerte de algunas personas sean ofrecidos como solución a los crecientes costos de los servicios de salud. Hace tiempo que los defensores del control demográfico han adoptado el aborto de niños en el mundo en desarrollo como un modo equivocado de reducir la pobreza.

Hoy en día algunos ambientalistas afirman que la forma más eficiente de poner freno al cambio climático global es hacer que la “planificación familiar” esté disponible de forma más generalizada en el mundo en desarrollo. Informan que se puede eliminar de la atmósfera un promedio de 2.3 libras (1 kilogramo) de dióxido de carbono exhalado por día mediante la eliminación de un ser humano. El término inocuo “planificación familiar”, tal como lo usan los defensores del control demográfico, incluye anticonceptivos abortivos, esterilización y abortos por aspiración por vacío manual.

El estado de Oregón, que raciona la atención sanitaria de los pacientes de bajos ingresos, les ha negado a varios pacientes los costosos fármacos de venta con receta que necesitan para prolongar la vida, y al mismo tiempo les ha recordado que el plan de salud de Oregón ofrece de forma conveniente la opción del suicidio asistido.

Muchos científicos justifican la manipulación y muerte de los seres humanos en etapa embrionaria durante la investigación con células madres basándose en la esperanza no comprobada de encontrar nuevas curas. Sin embargo, los hechos demuestran cada vez más que este enfoque les plantea riesgos a los pacientes y a las mujeres que tal vez sean explotadas para que proporcionen óvulos para la investigación.

La muerte no es una solución a los problemas de la vida. Solo quienes están ciegos a la realidad y el sentido trascendentes de la vida humana podrían apoyar la muerte de seres humanos como forma de mitigar problemas económicos, sociales o ambientales.

El antídoto para semejante miopía es volver a reconocer la santidad y la dignidad de cada ser humano individual. Se podría empezar pasando el día con un niño pequeño. El niño promedio es un manantial de alegría y risas, capaz de audaces saltos de imaginación, una curiosidad penetrante y hasta pedidos razonados (aunque a veces egocéntricos) de justicia. Los niños se deleitan con la creación de Dios y aman a su familia incondicionalmente. Dios le dio a cada ser humano estas aptitudes maravillosas, y los niños nos pueden ayudar a recuperar y apreciarlas de nuevo.

Desde el advenimiento de la anticoncepción y el aborto generalizados, una hostilidad cultural hacia los niños ha ido creciendo. A menudo se los representa como cargas costosas que interfieren con la vida adulta despreocupada. Al menos seis libros recientes están dedicados a defender el estilo de vida “sin hijos por elección”: con razones egoístas, o para contrarrestar la “superpoblación”, que es un mito totalmente desacreditado. De hecho, si las parejas casadas tuvieran más hijos, Medicare y el Seguro Social no se estarían precipitando hacia la bancarrota. Desde 1955, debido a la menor cantidad de niños y la mayor longevidad, ha disminuido el número de trabajadores con relación al número de beneficiarios: de 8.6 a solo 3.1 trabajadores que aportan para mantener a cada beneficiario. Si no ingresa un número importante de gente joven a la fuerza laboral, en 25 años habrá tan solo 2.1 trabajadores por cada beneficiario. Eliminar a nuestros jóvenes no soluciona los problemas, ni siquiera por razones pragmáticas. Los aumenta.

Los niños, y las personas que dependen de nosotros por discapacidad o edad, nos ofrecen la oportunidad de crecer en paciencia, bondad y amor. Nos enseñan que la vida es un don compartido, no una carga. Al final de la vida, se nos juzgará solo por el amor. Mientras tanto, en medio de tantos desafíos a la vida, nos volvemos hacia “Cristo Jesús, nuestra esperanza” (*1 Timoteo 1,1*), que ofrece al mundo entero una parte de su victoria sobre la muerte.